

Un poco más sobre
La conspiración de los iguales
Guillermo Rodríguez Rivera • La Habana

Rolando Rodríguez prefirió declinar la oportunidad de responderme y optó por que fuera uno de sus jóvenes alumnos quien asumiera esa responsabilidad.

Elier Ramírez tuvo que abandonar “todo lo que estaba haciendo” —dice— y escribir una respuesta a mi comentario sobre *La conspiración de los iguales*. Si, como afirma el joven historiador, su real objetivo es que los lectores interesados acudan al texto de Rodríguez, convendrá en que los dos, seguramente por distintos caminos, hemos llegado a un punto de encuentro.

Si quería, mejor que rebatir mis argumentos, procurar la lectura del ensayo de RR, debe tener por seguro que mi comentario —que provocó su respuesta— también y sin que yo me lo propusiera, va a conseguir lo mismo que Ramírez quiso. El libro de Rolando (que no son los poemas de Escardó, ni tampoco la *chanson* de la épica francesa), estoy seguro de que será demandado cuando se presente en la inminente Feria del Libro. Mucho más demandado de lo que lo fue en su lanzamiento de octubre pasado, a pesar de la presentación de Esteban Morales.

Elier Ramírez juzga que mi comentario “transpira un sesgo de ataque personal más que de análisis histórico”. Es lo que más me preocupa de su valoración, y le garantizo a Ramírez que no tengo el menor problema personal con el autor de *La conspiración de los iguales*. Le conocí hace más de 40 años, cuando fue director del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, en la que fui alumno desde 1962 y donde he sido y soy profesor en la Facultad de Artes y Letras desde 1970.

Tuve muchos amigos en el Departamento, y aunque no fui propiamente amigo de Rolando, no he tenido nunca el menor problema personal con él, a menos que Elier juzgue como tal la opinión sobre un libro.

Ramírez afirma que mi valoración pudo “resumirse a una o dos cuartillas” y que:

“Rodríguez Rivera podía haberse ahorrado las 17 cuartillas que dedica a describir los infames acontecimientos ocurridos en 1912, los cuales han sido ya tratados por varios investigadores cubanos.”

Cada uno tiene su propia idea de lo que es una crítica y, francamente, no me

parece serio dedicar una o dos cuartillas a un ensayo de casi 400 páginas sobre un tema tan complejo como el que aborda el libro de RR. Si lo hubiera hecho, con certeza Ramírez “habría dejado todo lo que tenía que hacer” para acudir a presentarme como un analista superficial. No lo hice, y así tenemos la oportunidad de leer su respuesta de 16 cuartillas (ocho cuartillas a un espacio sobre mis 17 a dos). Si mi artículo hubiera tenido la extensión del libro de RR, ¿cuántas cuartillas habría escrito Ramírez?

Que la historia de 1912 ha sido tratada “por varios investigadores cubanos” lo sabía y lo digo en mi artículo, pero quise dar mi propia opinión en esas 17 cuartillas. Me consuela pensar que RR también quiso contar su versión de la historia que ya abordaron Portuondo Linares, Silvio Castro, María de los Ángeles Meriño, Tomás Fernández Robaina, de Cuba, y la suiza Aline Helg.

Ramírez se pregunta —entre intrigado y molesto— “de dónde he sacado” que [Rolando Rodríguez](#) pretendía hacer una analogía entre la conspiración de Graco Babeuf y la protesta armada de los Independientes de Color. Aquí Ramírez me obliga (sin mucho esfuerzo de mi parte) a entrar en un terreno que es propiamente de mi especialidad, porque yo no soy historiador, sino filólogo.

La intertextualidad, ese diálogo entre dos textos, puede tener varias intenciones y, también, sentidos diversos. Puede ser paródico, irónico, puramente lúdico y, también, una repetición que aspira a ser una analogía, una metáfora.

Analogía no es igualdad, sino simplemente una similitud entre dos entidades que, a excepción de algún componente análogo, pueden ser perfectamente diferentes. Tal vez Rolando Rodríguez no haya pretendido construir esa analogía entre ambos hechos históricos, pero lo ha conseguido aunque no se lo haya propuesto. Durante todo su ensayo, se trata la protesta armada de los Independientes como si hubiera sido un alzamiento verdadero, que no lo era.

Además de la intertextualidad —que aborda inicialmente Bajtin y luego es sistemáticamente tratada por Julia Kristeva— Gerard Genette se refiere a lo que llama “paratexto”: un texto aledaño al texto principal (un prólogo o introducción, una nota de solapa o de contracubierta), que condiciona su lectura. Afirmo una nota de contracubierta en *La conspiración de los iguales*:

“Como no se logró echar abajo la desigualdad de raza,
los hombres del partido prohibido (Partido Independiente
de Color) comenzaron a conspirar para lograr con

las armas en la mano la restauración de la legalidad y,
sobre todo, para alcanzar su gran objetivo: la igualdad racial.”

Ese entrecomillado indica una cita que, si no especifica otro autor, debe ser un fragmento del propio texto de Rodríguez: conspiración y lucha armada establecen enseguida la analogía con la ciertamente diferente lucha de Graco Babeuf. Aquí se explicita la analogía que da a entender el título. La palabra, si uno la descuida, puede hacernos decir lo que no pretendemos.

Ramírez dice que abordo de manera sesgada la prolija documentación que RR maneja en su libro. La carta —afirma ER— que ignoro en mi comentario, es una que envían dos miembros del comité provincial del PIC en Oriente, al presidente Taft. Preferí centrarme en las cartas de líderes nacionales, como el general Pedro Ivonnet, que me parecían las más importantes, o las que escriben los Independientes supervivientes, ya encarcelados. Si hubiera recorrido la amplísima documentación a la que RR ha tenido acceso, las 17 cuartillas que a Elier le parecen excesivas, corrían el riesgo de convertirse en 170.

Ramírez me acusa de tener criterios preelaborados sobre el libro de RR. Le aseguro que no es así, aunque confieso que sí tenía criterios sobre los conflictos raciales en los primeros años de la república, porque acabo de terminar un libro sobre la poesía de Nicolás Guillén, en el que quise estudiar esos conflictos en la Cuba que antecede a la entrada del poeta en nuestra cultura. Creo que Elier, que es un “lector permanente” de RR, sí tiene criterios muy establecidos sobre su obra, hasta el punto de que muchas veces refuta un juicio mío sobre *La conspiración de los iguales*, esgrimiendo una cita de *República de corcho*, que yo admito que no he leído, ni tampoco discutido.

Cuando señalo que RR solo advierte la existencia de lo que llama “un racismo larvado” en muchos cubanos, señalo también que el autor de *La conspiración...* esgrime, para no dar mucha importancia a los prejuicios raciales en la Cuba de un siglo atrás, el supuesto de que las ideas de Martí y de Maceo habían “penetrado hasta el tuétano de los huesos de no pocos cubanos”. Pero esos son años en que lo más hondo de la obra martiana era ignorado por la inmensa mayoría en nuestro país. Y ni hablar del pensamiento de Maceo. Martí era admirado como el organizador de la guerra de independencia, el héroe de Dos Ríos, el poeta. Y nada más.

Martí empieza a ser verdaderamente conocido después de la primera edición de sus obras completas en 1919. El texto de la famosa “Clave a Martí” (*Martí no debió de morir...*), lo escribe Alberto Villalón en tiempos de la lucha contra la tiranía de Machado.

Ahí está una de las grandes descontextualizaciones históricas que marcan el libro de Rodríguez y hacen que la laboriosidad del aporte documental del investigador esté bien por encima del análisis que el libro formula.

No lo explicité en mi comentario a *La conspiración de los iguales* que Ramírez refuta, pero ahora quiero decir que me parece abusivo impugnar la rebeldía y la resistencia de los Independientes con estas ideas de Martí:

“Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los
especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra
la humanidad [...] La república no se puede volver
atrás; y la República desde el día único de la
redención del negro en Cuba, desde la primera
constitución de la independencia el 10 de abril
en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros.”^[11]

Esas ideas fueron absolutamente traicionadas —si las conocían— por los políticos que hegemonizaban la república, y no por los Independientes de Color.

El Partido Independiente de Color no es la especificación inhumana contra la que escribe Martí, sino la resistencia contra ella. No fueron racistas, ni quisieron otra cosa que la verdadera integración.

La otra gran descontextualización es ver el antimperialismo del pueblo cubano desde una óptica actual o, al menos, muy posterior a 1912.

Si el lector quiere una muestra de erudición, juicio ideológico certero y síntesis, lo remito a las pocas y exactas cuartillas que [Fernando Martínez Heredia](#) escribe para presentar el propio número 557 de *La Jiribilla* (7-13 de enero) en el que aparece mi comentario y la respuesta de Elier Ramírez al mismo.

Finalmente, en su respuesta, Ramírez se apoya en Rodríguez para reclamar que los Independientes, antes de desarrollar una “protesta armada” debieron acudir a otra solución. Hay que decir que no la había. José Miguel había diseñado la encerrona perfecta: por la Enmienda Morúa, el PIC no podía concurrir a las elecciones de 1912; pero tampoco podía cambiar su nombre, porque a esas elecciones solo podían acudir los mismos partidos que postularon en las de 1908 y, si cambiaba el nombre, ya era otro partido. La única alternativa era conseguir la derogación de la Enmienda Morúa. De ahí, la “protesta armada”, que no era un

alzamiento.

En el propio dossier de *La Jiribilla* al que me he referido, [Esteban Morales](#) me alude sin nombrarme. No le hace falta, porque no “circulan opiniones de que se trata de ‘un libro equivocado’”, sino que yo he titulado así mi comentario crítico, que es el único que circula. Yo no lamentaría, como hace Morales, la existencia de un comentario de ese tipo, sobre todo si está exento de ataques personales y aborda exclusivamente el punto de vista de la obra.

Yo no me eximo de correr riesgos, aunque a veces me tachen de aventurero. Lo he hecho en varias ocasiones, y la vida muchas veces me ha dado la razón. Esteban sabe que a veces hay que correr riesgos. No me parece propio de un hombre de pensamiento el abolir el enjuiciamiento de los libros. Morales afirma que si uno tiene reparos que hacerle a una obra, tiene que escribir otra que la supere, y no “pretender descalificarla con un puñado de cuartillas”.

Me extraña que mi antiguo decano de la otrora Facultad de Humanidades declare abolida la crítica de libros, a menos que se haga para aplaudir. Acaso sea ese rechazo a las valoraciones críticas, lo que conduzca a pensar —pienso en el juicio de Elier Ramírez— que todo desacuerdo implique un “ataque personal”. Pretender que en lugar de una crítica se escriba otra obra mejor, puede suceder, pero exigir que ocurra siempre, me parece una suerte de delirio humanístico. Ese puñado de cuartillas críticas siempre ayuda de una manera u otra, aunque la vanidad no nos deje aceptarlas de repente.

Menos mal que [Esteban Morales](#) reconoce que los documentos —a pesar de su importancia— “no son la varita mágica ni el tridente de Neptuno”.

No hay documentos que pretendan ser más precisos que las leyes, y las leyes necesitan de quien las interprete.

No voy a insistir en el hecho, pero cualquier lector desprejuiciado notará que se hace mucho más culpables a los masacrados Independientes que al general José Miguel Gómez, menos pro yanqui que Estrada Palma y menos autoritario que Menocal, pero enteramente responsable de los crímenes de 1912.

No se puede culpar únicamente a Monteagudo y a Arsenio Ortiz que, como esbirros, hicieron lo que la mafia llama el *dirty work*. Como general, José Miguel Gómez era un hombre intensamente vinculado a ese ejército permanente, que él había fundado. Suya es la máxima responsabilidad. El pueblo cubano lo juzgó bien: nunca más pudo ser presidente.

Además, con el resuelto apoyo de los conservadores, quiso hacer algo más: aplastar por tiempo cualquier intento de los negros y mulatos cubanos de reclamar sus derechos. Ni más ni menos, casi un siglo después, que lo mismo que había hecho Leopoldo O'Donnell con la Conspiración de la Escalera. La Nueva

Escalera, acaso sería un mejor título para un libro sobre la masacre de 1912.

Y ya estuvo bien. Espero que si no enteramente satisfechos (¿quién lo está?), mi criticado, mis críticos y yo nos merezcamos el beneficio de un descanso reparador. Al menos, hasta el próximo *round*.